

América Latina y Brasil: entre la complejidad, el conflicto y las nuevas formas políticas

Por Tania CARRANZA*

América Latina: un caleidoscopio cultural

CONCEBIDA AMÉRICA LATINA como un haz de imaginarios sociales y propuestas alternativas, el estudio de la región tendría que plantearse desde diferentes perspectivas que resulten esclarecedoras de las complejidades. Esto es lo que pretenden los Estudios Latinoamericanos: abordar el tema de las culturas y subculturas, regiones y subregiones, temporalidades abismales que cohabitan un mismo espacio, espacios diversos que convergen al mismo tiempo —la heterogeneidad de Latinoamérica—,¹ para contextualizar y explicar los procesos políticos y culturales como las interrelaciones entre comunidades, naciones y el mundo.

La producción literaria, las propuestas políticas, los lazos afectivos, los desarrollos económicos, las percepciones sociales etc., son tan subjetivos y diversos como la propia cultura latinoamericana. Se trata de la construcción de imaginarios que interpreten, transformen, propongan y modifiquen la realidad. Podría decirse incluso, como lo señala María Elisa Cevasco al referirse a las ideas y narraciones de autores brasileños tan importantes como Antonio Cândido, que la única homogeneización posible de América Latina se ha dado bajo la égida del capital.² Esto significa que nuestra región

* Profesora investigadora en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; profesora de la asignatura Historia Socioeconómica de Brasil en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Doctorante en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. El presente artículo forma parte de su investigación doctoral.

¹ Néstor García Canclini dice que se trata de “sectores que pertenecen a estratos económicos y educativos diversos, con hábitos de consumo cultural y disponibilidad diferentes [...] esta heterogeneidad se acentúa en las sociedades latinoamericanas por la convivencia de temporalidades históricas distintas”, véase Néstor García Canclini, *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo, 2003, p. 142.

² María Elisa Cevasco, “Momentos da crítica cultural materialista”, *Terceira Margem. Revista do Programa de Pós-Graduação em Ciência da Literatura* (Universidade Federal de Río de Janeiro), año IX, núm. 12 (enero-junio de 2005), pp. 56-67.

se caracteriza por condiciones históricas de permanente dominación, explotación y saqueo que, paradójicamente, le dan identidad.

La pretendida homogeneización del liberalismo se sustenta en la supresión de diferencias pero, como en América Latina esto es sencilla y materialmente imposible, el desarrollo de este proyecto se ha caracterizado por la represión, el autoritarismo, la cooptación de sectores sociales y la manipulación y alteración de sus expresiones culturales.³ Loïc Wacquant señala que la finalidad es que en la legalidad y el orden prevalezca la idea de la supuesta igualdad a partir de la eliminación de lo distinto mediante la fuerza, pues las diferencias no son reconocidas por el sistema como parte fundamental de la producción de la vida cotidiana, de lenguajes, y por lo tanto, de la cultura, sino señaladas como “males sociales”:⁴ los delincuentes, los migrantes, las prostitutas, los indigentes etc., están fuera de la ley en un discurso político que construye un imaginario de reforzamiento de la separación entre “la ley y el orden” y los pobres,⁵ pues generan todos los males (como el caos) que afectan la vida cómoda de las clases consumidoras.

La diferencia es vital para el desarrollo histórico y cultural de los pueblos, no sólo porque es condición humana y social, sino porque es lo que enriquece las acciones, los pensamientos y la posibilidad de imaginar y construir futuros. ¿Cuándo llegará el momento —preguntan Ana Esther Ceceña y Emir Sader— en que la diferencia no se criminalice sino que se vea como aquello que enriquece la vida humana?⁶

Si la diferencia enriquece es porque produce cultura (construye lenguajes, genera símbolos a partir de los cuales se interpreta la realidad) y, por lo tanto, prácticas políticas, es decir, la posibilidad

³ En la historia de Nuestra América, son conocidas las luchas de los indígenas, negros, mulatos y mestizos desde la conquista, la colonización y la imposición de la esclavitud, pero sobre todo, en los respectivos procesos de independencia y de construcción de Estados nacionales de desarrollo, progreso y modernización. En la actualidad podemos añadir que la segregación y exclusión no tiene que ver con cuestiones étnicas, raciales o socioeconómicas sino que las propias condiciones de pobreza en las que vive gran parte de la población de nuestro continente producen el sustento del orden hegemónico establecido.

⁴ Aquí se establece este término con una carga incluso de religiosidad, en la lucha entre el “bien” y el “mal”.

⁵ Loïc Wacquant, *Castigar a los pobres*, Barcelona, Gedisa, 2010, pp. 14 y 20.

⁶ Ana Esther Ceceña y Emir Sader, “Introducción. Hegemonías y emancipaciones: desafíos al pensamiento libertario”, y Enzo del Búfalo, “El comportamiento económico ¿declinación o consolidación de la hegemonía estadounidense?”, en *id.*, *La guerra infinita: hegemonía y terror mundial*, Buenos Aires, Clacso, 2002.

de transformar los entornos sociales. Como “patrón de significados”, la cultura no puede considerarse como una “instancia exterior” a la política, sino como una dimensión inherente a la vida política o, más precisamente, como una dimensión analítica de todas las prácticas políticas.⁷ La cultura la encontramos en todas partes: en los discursos oficiales, en las instituciones, en los programas de gobierno, en las prácticas sociales. La discusión que proponemos para ir tejiendo sobre la identificación de una posible cultura política en Brasil tiene que ver con la idea de que las relaciones individuales parten, necesariamente, de las relaciones colectivas, es decir, del conflicto, pues están determinadas por la correspondencia entre el sujeto y su ambiente cultural al que se quiere modificar mediante la acción (la práctica política) y esto hace que el sujeto, por la condición histórica que lo determina, construya una conciencia, sea democrático y acepte su papel histórico transformador.⁸ De esta manera la reproducción social se da desde la movilidad que produce en las relaciones en la sociedad misma, es decir, desde las concepciones culturales que la determinan.

Pierre Bourdieu considera que la “distinción”, es decir, lo propio de cada ser humano, grupo, sector, comunidad etc., es lo que permite la distribución de los agentes en el espacio social; Bourdieu particulariza este elemento al ubicar al agente en un espacio y un tiempo determinados (como podría ser cualquier latitud y momento de América Latina). Los lenguajes y las diversas actividades producen un poder generador y unificador del *habitus*.⁹ Por ello, el discurso homogeneizador pretende tener una validez universal;

⁷ Gilberto Giménez, “Cultura política e identidad”, en *id.*, *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*, México, Conaculta/ITESO, 2007, p. 196.

⁸ Gramsci dice textualmente: “la personalidad histórica de un filósofo individual [es decir, el que comprende su mundo mediante concepciones orgánicas] se halla también determinada por la relación activa existente entre él y el ambiente cultural que quiere modificar [de tal manera que el sujeto está determinado y condicionado por su cultura, su historia y su sociedad] al obligarlo a una continua autocrítica, funciona como maestro [...] se realiza ‘históricamente’ un nuevo tipo de filósofo a quien puede llamarse ‘filósofo democrático’, o sea, el filósofo convencido de que su personalidad no se limita a su individualidad física, sino que se halla en relación social activa de modificación del ambiente cultural [...] la unidad de ciencia y vida es una unidad activa y solamente en ella se realiza la libertad de pensamiento [...] en el cual se toman los problemas que es necesario plantear y resolver; esto es, la relación filosofía-historia”, véase Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel: el materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, México, Juan Pablos, 1990, tomo 3, p. 35.

⁹ Éste se comprende como la forma construida de entendimiento del mundo, Pierre Bourdieu, *Capital cultural, escuela y espacio social*, México Siglo XXI, 2003, pp. 24-29.

así, la distinción es una identidad, es la concepción política y la afinidad ideológica dadas por la clase social.¹⁰

Por su parte, las expresiones culturales van conformando interpretaciones del entorno cotidiano. Para el caso brasileño, Roberto DaMatta analiza el carnaval, rito y celebración en que aparecen contradicciones de las representaciones del mundo,¹¹ ya desde adentro, ya desde fuera. En Brasil coexisten el carnaval como forma ritualizada de conservación tradicional, que el Estado y los medios de comunicación promueven como manera de mercantilizar lo que es del pueblo y la visión de Occidente que no comprende por qué un pueblo pobre derrocha dinero magnánimamente, en lugar de procurarlo para gastos de subsistencia.¹²

Los rituales que, de acuerdo con DaMatta, dan estructura y manifiestan la vida cotidiana resultan subversivos y mantienen su justo medio en lo político, en la vida pública. Como expresión popular de las diferentes realidades latinoamericanas, los rituales son una forma de construcción de relaciones políticas. Vale la pena también acercarnos a las manifestaciones caudillescas y mesiánicas, y a los liderazgos que forman parte de esas expresiones políticas y culturales, sustanciales en la historia de América Latina. Para esa aproximación partimos de la construcción social de dirigencias tanto desde el punto de vista del reconocimiento de autoridad y guía por parte de las masas movilizadas, y las impuestas desde arriba por el sistema y/o por la élite, por los aparatos ideológicos del Estado —que señala Louis Althusser— y por la propia inercia del juego de poder, en donde el “saber” se sitúa en el imaginario de líderes y pueblo: el que sabe, el que conoce, el que es capaz de poner su entendimiento al servicio del pueblo ignorante. “Es verdad que una época histórica y una determinada sociedad son representadas, más bien, por la media de los intelectuales y, de ahí, por los mediocres; pero la ideología difusa, de masa, debe ser distinguida de las obras científicas, de las grandes síntesis filosóficas, que son,

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Como madre de este mundo latinoamericano, la modernidad, por la fuerza, la convicción o la resignación, establece un cierto tipo de representaciones, de clasificaciones positivas —dice Foucault— en las que todos caemos ya como salvajes, ya como civilizados. Pero también con nuevas representaciones que surgen de la contradicción y que sustentan una identidad cambiante y flexible como la latinoamericana.

¹² Roberto DaMatta, “For an anthropology of the Brazilian tradition or ‘A virtude está no Meio’”, en *id.* y David J. Hess, *The Brazilian puzzle: culture on the borderlands of the Western World*, Nueva York, Columbia University Press, 1995, p. 279.

en definitiva, las verdaderas piedras angulares y que deben ser netamente superadas”¹³

Pero existe también otro tipo de construcción de las dirigencias sociales que tiene que ver con la propia emancipación de las masas, el reconocimiento de su ciudadanía —como menciona Evelina Dagnino— para llegar a la toma de decisiones políticas de manera autónoma sin que los intelectuales inorgánicos, a los que Gramsci se refiere, sean los que tomen las decisiones por los demás:

si el subalterno era ayer una cosa, hoy ya no lo es; hoy es una persona histórica, un protagonista; si ayer era irresponsable porque era “resistente” a una voluntad extraña, hoy se siente responsable porque ya no es resistente, sino operante y necesariamente activo y emprendedor. Pero no es que ayer fuera irresponsable [...] es necesario siempre demostrar la futilidad del determinismo mecánico [...] como filosofía ingenua [...] y [...] elemento intrínseco de fuerza, cuando elevado a filosofía reflexiva y coherente por los intelectuales, se convierte en causa de pasividad, de imbécil autosuficiencia, y ello sin esperar que el subalterno haya llegado a ser dirigente y responsable.¹⁴

Desde esa contextualización, conviene analizar los procesos con base en la historia reciente de América Latina, de sus países y regiones. Así, la aproximación a la cultura política en Brasil parte de la discusión sobre las movilizaciones sociales de las últimas décadas, la comprensión de las herencias dictatorial y neoliberal, la conformación del Partido de los Trabajadores (PT), su llegada a la presidencia de la república y la transformación de su programa de gobierno; se hace énfasis en las formas de diálogo de este partido con los sectores populares, los de base y las organizaciones sociales y sindicales. No podemos olvidar cómo el PT logró la mayoría de votos en las últimas tres elecciones presidenciales, ni tampoco desechar que se trata de un gobierno, ya no de un partido, cuyo triunfo estuvo delimitado por una coalición programático-partidista. Otro punto será aproximarnos a un posible diálogo surgido entre el pueblo y sus programas sociales y políticas públicas.

Así, el planteamiento original que sirve de pretexto para hablar de Brasil y plantear cómo se entiende, se visualiza y se imagina desde México y desde América Latina, es la cultura política contemporánea, concretamente en las ciudades.

¹³ Gramsci, *Cuadernos de la cárcel* [n. 8], p. 134.

¹⁴ *Ibid.*, p. 23.

El “nuevo” capitalismo y los centros urbanos

EXISTEN elementos a los que la cultura latinoamericana no es inmune, así como tampoco lo son sus particulares usos y costumbres. Dichos elementos, propuestos por el capitalismo en su versión actual, presentan matices que a través de la globalización traspasan las fronteras culturales, sociales y políticas de una manera particular. El fenómeno de la globalización obliga a la reorganización de las fuerzas tradicionales capitalistas en el mundo.¹⁵ El proceso de internacionalización previo, iniciado con el mercantilismo del siglo XVI, que para muchos fue el inicio de la globalización, dista de serlo en la actualidad pues existen particularidades como las nuevas tecnologías aplicadas a los medios de comunicación masiva y su relativamente sencillo acceso que configuran nuevos ordenamientos y relaciones sociales; desde luego, de manera asimétrica y excluyente.¹⁶ El capitalismo, sin embargo, sigue siendo el mismo; la propiedad privada de los medios de producción —ahora extendida a los medios de comunicación, a las ideologías políticas y hasta a medios de subsistencia como los alimentos y el agua— tiene bajo sus principios la explotación de unos (dominados) por otros (dominantes), la extracción de plusvalía y la acumulación de capital.

La nueva configuración del mundo da cuenta de la exacerbación de ese poder político, tanto al interior como al exterior de las naciones, bajo cualquier estrategia, incluso, con el uso de la fuerza militar y las consecuentes guerra y muerte:

en el mundo contemporáneo, donde no es necesario gobernar territorios distantes, sino mantener los medios para el ejercicio de una hegemonía a distancia [son suficientes los] medios frecuentemente flexibles y móviles (como las redes políticas y económicas transnacionales, la vigilancia militar y la rápida capacidad de intervención).¹⁷

El resultado de lo anterior es que los centros capitalistas, en la lógica de permanente competencia entre ellos mismos, tienen a

¹⁵ Cf. Joachim Hirsch, *Globalización, capital y Estado*, México, UAM, 1996.

¹⁶ Catalina Coreia, “La globalización actual es asimétrica y favorece a ciertos grupos de interés y ciertos valores”, entrevista a Manuel Castells, Archivo Chile (Centro de Estudios Miguel Enríquez), 2005, en DE: <http://www.archivochile.com/Chile_actual/20_tras_interna/chact_trasintern0018.pdf>. Consultada el 15-VIII-2010.

¹⁷ Gustavo Lins Ribeiro, *Postimperialismo: cultura y política en el mundo contemporáneo*, Barcelona, Gedisa, 2003, p. 52.

su lado grandes poblaciones que viven y engrosan cotidianamente los cinturones de miseria y exclusión. De hecho, al interior de un mismo país desarrollado hoy encontramos no sólo diferencias entre las ciudades y el campo, entre los flujos migratorios y en las condiciones de trabajo y de vida, sino al interior de las ciudades mismas: son centros políticos e industriales en los que hay grupos marginales, gente que vive ya no en el Tercer Mundo sino en el Cuarto o Quinto, compartiendo el mismo espacio territorial que los grandes magnates. Asimismo, en las ciudades más pobres (de cualquier lugar del mundo) no sólo existen la pobreza y la falta de desarrollo, sino una élite financieramente poderosa que se codea con altos empresarios y políticos del planeta.

En las últimas décadas el modelo neoliberal ha desempeñado un papel definitivo para propiciar la transformación del mundo que estamos presenciando. El neoliberalismo, consistente en la reducción de los Estados nacionales bajo el pretexto de la caducidad del proyecto económico fordista, es un modelo de capitalismo que procura una mayor y más rápida concentración de la riqueza;¹⁸ así, su advenimiento es en realidad —dice Wacquant— la suplantación del trabajo fordista y del Estado keynesiano por un Estado “neodarwinista” (la supervivencia del más apto) “en la medida en que promueve la *competencia* y celebra la responsabilidad individual sin límites, cuyo homólogo es la irresponsabilidad colectiva, es decir, también política”.¹⁹

Durante el siglo xx ese capitalismo imperialista fue desarrollando modalidades nuevas y llevando al mundo a novedosas etapas de desarrollo y ordenamientos políticos. Así, la fase del neoliberalismo se convierte en una necesidad para una acumulación más efectiva, rápida y sustantiva de las riquezas del planeta, y se sustenta en los efectos de la globalización y de la pobreza que de ello resulta.

La realidad capitalista y las luchas políticas

Los países que en las teorías del desarrollo eran llamados tercermundistas o de la periferia también se han transformado, pues ahora han asumido el papel de consumidores, de maquiladores, de proveedores de carne de cañón para las guerras etc. Además, casi todos ellos cuentan con centros poderosos del capital financiero

¹⁸ Hirsch, *Globalización, capital y Estado* [n. 15].

¹⁹ Wacquant, *Castigar a los pobres* [n. 5], p. 34.

internacional en sus territorios, particularmente en las urbes, y conviven con grandes cantidades de población excluida superviviente del sistema.

La contraparte para acelerar el proceso de acumulación de capital en velocidad y cantidad es el freno a las manifestaciones políticas de cualquier índole que lleven a un cuestionamiento o a la crisis del sistema; así, con la finalidad de que ya no se construyan caminos alternativos al capitalismo, se desarrolló este nuevo modelo que implica la destrucción del Estado de bienestar y, por lo tanto, de los derechos laborales, para impedir la emancipación proletaria. A esto se sumó, en los años noventa del siglo xx, un fenómeno de trascendencia mundial: la crisis ideológica de las izquierdas a partir del “derrumbe del socialismo real”. A partir de ese trance, en el que dejaron de haber medios para transformar al mundo, las sociedades debían conformarse con el capitalismo ya que el socialismo había “demostrado” su inviabilidad: “a la izquierda se le impuso el dilema de defender un Estado fallido o sumarse a las políticas del mercado [Entonces] quedó relegada [...] a resistir la modernización sin disponer de proyectos alternativos”.²⁰ Lo anterior nos hace pensar en varios países de Sudamérica en los que recientemente se han establecido gobiernos federales provenientes de las izquierdas latinoamericanas y que enfrentan esa “incapacidad” ideológica para construir alternativas, pues deben gobernar sobre estructuras capitalistas en un entorno neoliberal globalizado.

En comparación con otras regiones, América Latina ha tenido un desarrollo distinto que genera particularidades políticas y culturales, pero también está inmersa en este mundo capitalista y su historia contemporánea responde a situaciones que unen lo interior con lo exterior y generan una compleja red de intercambios y relaciones. Ante esa culturalidad propia se hace necesaria la construcción de políticas *ad hoc*, sin embargo, nuestras culturas son mal vistas para el proyecto modernizador, es decir, “en América Latina la tradición mestiza es vista por la élite dominante como un obstáculo [entendido como una] oposición entre civilización y barbarie”.²¹ Por ello, no sólo no se ha favorecido la producción de

²⁰ Emir Sader y Marco Aurélio Garcia, *Brasil 2011-2014: dos proyectos en conflicto*, México, Ocean Sur, 2010 (Col. *Contexto latinoamericano*), pp. 18-19. Este libro contiene una entrevista a Dilma Rousseff, “Un país para 190 millones de brasileños”.

²¹ Renato Ortiz, “América Latina: de la modernidad incompleta a la modernidad-mundo”, *Nueva Sociedad* (Fundación Friedrich Ebert), núm. 166 (marzo-abril de 2000), p. 4.

políticas de desarrollo de las culturas propias, sino que, desde los proyectos liberales del siglo XIX, se han puesto en un proceso de extinción o, al menos, se han violentado sistemáticamente.

En los años treinta y cuarenta del siglo XX se dio un proceso de ampliación de la producción industrial en buena parte de los llamados países subdesarrollados así como en algunos de América Latina; el periodo registró un avance tecnológico, lo que causó y sigue causando “en los países metropolitanos un efecto de ‘marginalización’ de un sector de la mano de obra industrial”,²² pues los trabajadores agrícolas pasaron a formar parte de las conglomeraciones urbanas para incorporarse al trabajo en la industria a cambio de un salario y de una vida distinta; pero “esos trabajadores son también un ‘ejército industrial de reserva’²³ respecto de la mano de obra industrial de los propios países metropolitanos”.²⁴ En la medida en que el sistema logra sostener el desempleo se evita tener que subir los salarios y cuenta siempre con una reserva de mano de obra.

En el caso de América Latina, el Estado benefactor (y desarrollista) había servido como catapulta para la sobreexplotación de los trabajadores con el propósito de incrementar la acumulación de capital y de poder político por parte de las élites mundiales y nacionales (oligarquías); sin embargo, esta situación tenía una contraparte no intencional ya que tensaba las relaciones obrero-patronales al grado de ocasionar una posible ruptura, con la consiguiente emancipación de los trabajadores, propiciada por una conciencia de clase adquirida en el proceso de producción, la convivencia y participación con sus pares. La enajenación del trabajo era inminente en el Estado fordista, pero no dejaba de estar latente la transformación de la realidad obrera en sus propias manos.²⁵

²² Aníbal Quijano, “Redefinición de la dependencia y proceso de marginalización social”, en *id.* y Francisco Weffort, *Populismo, marginalización y dependencia: ensayos de interpretación sociológica*, San José, Universidad Centroamericana, 1973, pp. 180-213, p. 6, en DE: <http://www.bvsst.org.ve/documentos/pnf/dependencia_y_marginalidad.pdf>. Consultada el 20-VIII-2011.

²³ Concepto marxista.

²⁴ Quijano, “Redefinición de la dependencia y proceso de marginalización social” [n. 22], p. 6.

²⁵ El mundo fue testigo de tal posibilidad con la Revolución Rusa, la cual tuvo serias diferencias históricas con respecto a la idea de liberación de la clase proletaria, y aunque en Rusia no había propiamente proletarios sino campesinos, representó una lección para el capitalismo mundial en el sentido de que esta lucha derivó en el establecimiento de un sistema socialista.

Si bien América Latina no se caracteriza por su alta industrialización, países como México, Brasil y Argentina sobresalen en industria básica y tienden hacia la modernización y el progreso.²⁶ Desde principios del siglo xx, y sobre todo en los años cincuenta a setenta, la mayoría de países y regiones latinoamericanas llegaron a constituirse en Estados benefactores, fundamentalmente en rubros agrícolas, ganaderos y mineros; incluso podría cuestionarse la existencia de Estados de bienestar, y en regiones como el Caribe y Centroamérica hablarse de una prolongación de los Estados oligárquicos. Lo anterior muestra que las relaciones obrero-patronales en la región han tenido un desarrollo diferente al de los países industrializados.

Hacia la segunda mitad del siglo xx, la contradicción que el sistema capitalista genera entre patrones y obreros no solamente era clara sino también posible de romper. Desde los años cincuenta, con la disputa por el planeta por parte de Estados Unidos y la Unión Soviética (sobre todo desde la posguerra y hasta 1991), en América Latina habían surgido y se habían reproducido los movimientos de liberación nacional (como un renacimiento de las luchas obrero-campesinas de principios de siglo contra las dictaduras oligárquicas nacionales); tales movimientos engendraron un nacionalismo particular a manera de antiimperialismo y fueron más contundentes después de la Revolución Cubana.

Para los intereses del capital internacional fue impostergable poner atención a los movimientos sociales de todo el mundo y coartar su papel político e histórico.²⁷ La respuesta de los intereses capitalistas para apaciguar la oleada de movimientos de liberación nacional fue la utilización de la fuerza en sus múltiples modalidades: invasiones, guerras de desgaste, contrainsurgencia, golpes de Estado y el consecuente establecimiento de dictaduras militares de seguridad nacional.²⁸ Al término de las dictaduras militares (o

²⁶ El progreso se refiere a las ideas positivistas decimonónicas que impulsaron a los países de la región a industrializarse y a urbanizarse generando un deterioro del campo. En la historia y en el pensamiento de Brasil la idea de progreso es definitiva para su propia construcción como nación desarrollada, al menos en el imaginario.

²⁷ En el caso latinoamericano, los movimientos sociales surgidos antes, durante y después de las dictaduras militares no necesariamente estaban conformados por sectores obreros, su diversidad era clara: se trataba de sectores campesinos, populares, estudiantiles, barriales, de intelectuales y artistas, de profesionistas y empleados, religiosos, feministas etcétera.

²⁸ Las dictaduras de seguridad nacional en América Latina son aquellas que, a partir de los años sesenta, se establecieron a través de golpes militares en contra de gobiernos

cívico-militares) la nueva forma de control instaurada en nuestros países para evitar el derrumbe del capitalismo fue el modelo neoliberal²⁹ que, entre otras cosas, impide la formación de organizaciones políticas de trabajadores o de otros sectores de la población. El nuevo esquema internacional hacía alusión a la imposibilidad de cambiar de sistema económico, pues los sistemas alternativos, como el socialismo, habían comprobado su ineficacia.³⁰

Los nuevos signos culturales, inmersos en las relaciones al interior de los Estados latinoamericanos, no pueden deslindarse de causas como la globalización. Gustavo Lins Ribeiro considera que, al complejizar la cultura, la globalización “transformó la crítica a las nociones ‘esencialistas’ de la cultura en un canon” y los debates sobre la globalización “siempre enfatizan la naturaleza mixta y entrelazada de los fenómenos culturales”.³¹

La globalización no es proceso nuevo, sino la nueva versión de la historia de las relaciones del mundo capitalista occidental. Partha Chatterjee indica que la concepción de la política está enraizada en la civilización industrial, particularmente cuando se “ha sustituido al cosmos para dar paso al mundo [...] La política, en este sentido, habita en el espacio-tiempo homogéneo y vacío de la modernidad”.³² La concepción occidental de “mundialización” trasciende el lenguaje que usamos para interpretar nuestro mundo latinoamericano. La comunidad local es imaginada no sólo por sí

democráticos o para evitar su confluencia; la primera de esta naturaleza se estableció en Brasil el 31 de marzo de 1964. La seguridad nacional se refiere a un cierto tipo de políticas de control que “protegeran a la nación y a la población de posibles ataques subversivos comunistas”; con ello se justificaba ampliamente la represión, la censura a artistas y medios de comunicación, la cancelación de sindicatos, de partidos políticos, del Congreso o representaciones legislativas, la vigilancia telefónica, la persecución, el encarcelamiento, la tortura, el exilio y la muerte, es decir, la no garantía de los derechos humanos.

²⁹ Impulsado por Margaret Thatcher y Ronald Reagan, sus representantes mundiales, desde los centros capitalistas del mundo.

³⁰ Sobre el manejo del discurso para la dominación y las posibilidades de romperlo, Bourdieu dice que fuera del socialismo o del marxismo hay la creencia de que no existe nada saludable más que el liberalismo, “frente al liberalismo salvaje, que no es defendido en su forma extrema más que por los economistas de Chicago [...] existen también otras posibilidades pero difíciles de elaborar, en parte porque el marxismo estaba llamado a ocupar esa posición [...] Se hace creer que es el liberalismo o nada”, véase Bourdieu, *Capital cultural, escuela y espacio social* [n. 9], pp. 90-91.

³¹ Lins Ribeiro, *Postimperialismo: cultura y política en el mundo contemporáneo* [n. 17], p. 74.

³² Partha Chatterjee, *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*, Buenos Aires, Clacso/Siglo XXI, 2008, pp. 61-62.

misma sino también por la comunidad global, que es imaginada, a su vez, por ella misma y por la primera.

Los procesos de industrialización y desarrollo (de modernización) en América Latina también respondieron a un contexto mundial específico. Después de la Segunda Guerra Mundial para la cúpula política capitalista se hizo prioritario encauzar el desarrollo de la región y para ello creó especialmente un organismo: la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Dicho organismo desarrolló y aplicó teorías sobre el subdesarrollo y la dependencia desde una perspectiva occidental y primermundista.

En esta época se acentúan los problemas de la llamada regionalización, pues América Latina empezó a ser considerada “una” región, a pesar de su propia heterogeneidad, su diversidad regional y cultural, sin por ello negar elementos comunes como el histórico, el pensamiento de liberación etc. En aquella época se hicieron presentes también los conceptos *centro* y *periferia* y más adelante, los Estados nacionales tuvieron que instituir propuestas internacionales para la resolución de inconvenientes como el atraso y el subdesarrollo. En Brasil, por ejemplo, sobre todo después de 1970 se crearon entidades para el desarrollo regional y estatal.³³

Los desarrollos económicos, consolidación de ciudades etc., de la segunda mitad del siglo xx “transformaron las relaciones entre modernismo cultural y modernización social, la autonomía y dependencias de las prácticas simbólicas. Hubo una secularización, perceptible en la cultura cotidiana y en la cultura política”.³⁴ Este nuevo repunte homogeneizador es un intento de borrar lo diverso y lo que no coincide con el proyecto globalizador, ya que en “el tiempo heterogéneo vacío [que] es el tiempo del capitalismo [...] éste no toma en consideración ninguna resistencia”.³⁵ El mundo occidental nos ha hecho pensar que el sitio en el que nos coloca es el que nos corresponde.

Después de los llamados intentos redemocratizadores de la década de los ochenta y principios de los noventa, América Latina se desarrolló bajo el esquema del neoliberalismo que derivó en ajustes estructurales consistentes en la reducción de la capacidad

³³ Clélio Campolina Diniz, “Repensando la cuestión regional brasileña: tendencias, desafíos y caminos”, *EURE. Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos Regionales* (Pontificia Universidad Católica de Chile), vol. 29, núm. 88 (diciembre de 2003), pp. 29-53, p. 31, en DE: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=19608802>>.

³⁴ García Canclini, *Culturas híbridas* [n. 1], p. 82.

³⁵ Chaterjee, *La nación en tiempo heterogéneo* [n. 32], p. 59.

administrativa del Estado sobre los recursos nacionales, la privatización de empresas estatales, o bien la modificación del papel de las instituciones públicas para respaldar los intereses privados. A ello se sumó la falta de inversión pública en el rubro de desarrollo social: alimentación, educación, salud, vivienda, trabajo, lo cual ha traído como resultado desregulación del trabajo y su consecuente precarización y pauperización,³⁶ y la alteración directa de las condiciones de vida de los trabajadores y sus familias.

Además, las distintas formas de exclusión política conllevan un deterioro en la consolidación de redes sociales de solidaridad, pues, por ejemplo,

si observamos la evidencia histórica en Brasil [...] queda claro que la mera presencia de solidaridad social a la existencia de grupos informales no lleva necesariamente a la prosperidad económica [...] al mismo tiempo experimentan altos índices de pobreza, pues no tienen los recursos y acceso al poder para cambiar las reglas a su favor [...] raramente logran superar los efectos negativos del clientelismo, colonialismo, aislamiento geográfico, exclusión política y polarización social.³⁷

El señalamiento de estas características viene a colación por el interés en estudiar las consecuencias de la ejecución de un programa como Bolsa Familiar en Brasil,³⁸ dado que forma parte de la política alterna al neoliberalismo consistente en la inversión del gasto público en desarrollo social. Nuestra intención es observar sus repercusiones en tanto permite la construcción de una conciencia o la determinación de una cultura política y la superación de las precarias condiciones laborales y culturales.

³⁶ Armando Boito Jr., “As relações de classe na nova fase do neoliberalismo no Brasil”, en Gerardo Caetano, comp., *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*, Buenos Aires, Clacso, 2006.

³⁷ Marcello Baquero, “Capital social y cultura política en Brasil: límites y posibilidades”, *América Latina hoy* (Universidad de Salamanca), núm. 33 (abril de 2003), pp. 157-177, 162-163.

³⁸ “Bolsa Familiar (PSF) es un programa de transferencia directa de renta que beneficia a familias en situación de pobreza o de extrema pobreza en todo el país [...] posee tres ejes principales enfocados en la transferencia de renta, condicionalidades y acciones y programas complementarios [Los tipos de beneficio se dan de acuerdo al perfil] el variable de lactantes (BVG), el variable nutricional (BVN) y el Beneficio para la Superación de la Extrema Pobreza en la Primera Infancia (BSP) [...] La gestión de la Bolsa Familiar es descentralizada y compartida entre la Federación, los estados, el Distrito federal y los municipios”, cf. Ministério de Desenvolvimento Social e Combate à Fome, Bolsa Família, en DE: <<http://www.mds.gov.br/bolsafamilia>>. Consultada el 12-xi-2012.

Regiones, subregiones y la nación brasileña

EN este contexto prolifera el argumento de que las naciones —entendidas por el liberalismo como entidades que traspasan los regionalismos y que procuran un resguardo fronterizo (impuesto artificialmente) entre los pueblos— requieren de una élite dirigente intermediaria (los gobiernos latinoamericanos) entre el Estado nacional y el mundo exterior. De tal suerte no puede hablarse de procesos de integración de las naciones pobres al mundo globalizado; en todo caso se establecen rituales internacionales ajenos a las sociedades a manera de grupos líderes del desarrollo del mundo.³⁹ Lo que se consigue con esto, dice Lins Ribeiro, es una desterritorialización por lo que el discurso político neoliberal necesita diferenciar a los sectores de la población en “jóvenes”, “adultos mayores”, “indígenas”, “mujeres”, etc. con ello no sólo clasifica⁴⁰ a la sociedad (como hace la ciencia en el pensamiento moderno) sino que la fragmenta, es decir, transgrede la identidad y promueve características de individualización.

De acuerdo con Renato Ortiz, cuando las identidades conformadas tradicionalmente a partir del Estado-nación sufren estas transformaciones, la modernidad también se modifica.⁴¹ Así, en el capitalismo, el desarrollo de las regiones depende de la explotación de otras y de la formación de inequidades entre sí. En el caso de Brasil, la oposición entre el nordeste y el sur-sureste evidencia las condiciones de enriquecimiento histórico de una región a costa de la otra.⁴²

En tal sentido, concordamos con Manuel Castells en que “hay muchas Américas Latinas”,⁴³ pues en la región existe un desigual flujo de capitales, de información, de occidentalización etc.; Campolina Diniz considera que se reasigna un nuevo papel a las entida-

³⁹ Esto tiene la finalidad de que “los miembros de dichas élites se encuentren con compañeros de otras nacionalidades, para crear redes y para difundir sus logros [...] se crean ambientes adecuados para que los individuos clave se encuentren entre sí y den exhibiciones de una enorme concentración de fortuna y poder”, véase Lins Ribeiro, *Postimperialismo: cultura y política en el mundo contemporáneo* [n. 17], p. 85.

⁴⁰ El término *clasificación* se utiliza aquí como la forma de interpretar y representar al mundo desde el pensamiento moderno, según lo indica Foucault.

⁴¹ Ortiz, “América Latina: de la modernidad incompleta a la modernidad-mundo” [n. 21], pp. 10-11.

⁴² Campolina Diniz, “Repensando la cuestión regional brasileña: tendencias, desafíos y caminos” [n. 33], pp. 34-35.

⁴³ Citado por Coreia, “La globalización actual es asimétrica y favorece a ciertos grupos de interés y ciertos valores” [n. 16].

des administrativas como los Estados, a las socioculturales como los pueblos, a las simbólicas como el lenguaje, a las económicas como la producción capitalista internacional. En el caso brasileño, la producción, la inversión y el desarrollo más fuertes se encuentran en el sur y en el sureste y, en algunos rubros, mayormente en el estado de São Paulo y, aún más, en la ciudad paulistana.⁴⁴

Si el capitalismo mundial se entiende como un modo de producción que divide internacionalmente el trabajo, habría que considerar que las llamadas regiones “atrasadas” en alguna etapa del proceso de producción se insertan en la globalización como entidades especializadas y entran en competencia (obviamente desleal y desigual) no sólo con otras regiones del mundo capitalista, sino con otras localidades dentro de un mismo país o, incluso, dentro de una misma ciudad,⁴⁵ lo cual genera una mayor fragmentación del Estado nacional; pues

las regiones se han conformado a partir de migraciones y de la influencia de los medios de comunicación masiva, con un impacto también en la educación formal. Actualmente existe una gran inmigración entre las regiones y ciudades al interior de Brasil. También hay una diferencia de *status*, aun por varias generaciones, por ejemplo entre paulistas originarios e inmigrantes que llegan a la ciudad de São Paulo; y otra diferencia está entre paulistas, cariocas y mineiros, estos últimos con un carácter más conciliatorio, pero son vistos por paulistas y cariocas como frustrados por no alcanzar el *status*. Los bahianos, a su vez, representan la síntesis de los afroportugueses, y su contraparte pueden ser los *gaúchos* (riograndenses), reconocidos como más beligerantes que otros, pero también más cercanos a la cultura del Mediterráneo, particularmente a los italianos.⁴⁶

En esa multiculturalidad brasileña prácticamente no existe una relación inter e intrarregional, más que la dada por la marginación, la exclusión y la segregación, lo cual es una consecuencia de la herencia histórica de la etapa colonial y del imperio esclavista del siglo XIX, pero también de los condicionamientos que su inserción de manera parcial a la globalización les impone, es decir, sin formar parte de lo nacional. Su relación, entonces, es conflictiva, hetero-

⁴⁴ Campolina Diniz, “Repensando la cuestión regional brasileña: tendencias, desafíos y caminos” [n. 33], p. 50.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 34.

⁴⁶ Ronald M. Schneider, *Brazil: culture and politics in a new industrial powerhouse*, Boulder, Westview Press, 1996, pp. 192-193. La traducción es nuestra.

génea y desigual, lo que mantiene el *status* de región explotada desde afuera y desde adentro.

Además, vistas como microrregiones, las ciudades tienen en la actualidad un papel protagónico en el orden de la globalización y de sus relaciones con el capital financiero más que con otras ciudades o localidades de un mismo país. Para ejemplificar este aspecto proponemos estudiar dos ciudades brasileñas que presenta contrastes: São Paulo y Recife. La primera es una ciudad cosmopolita altamente industrializada y poblada, tiene consorcios comerciales y financieros que interactúan constantemente con el capital internacional, mientras las regiones del norte y del nordeste del país concentran a gran número de familias que apenas subsisten en ínfimas condiciones humanas; muchas familias, además, han migrado hacia los centros capitalistas del sur y sureste en busca de mejores condiciones de trabajo y vida, pero lo que ha sucedido es que pasan a engrosar los cinturones de miseria⁴⁷ que rodean las ciudades. “La desigualdad [...] aparecía en las diferencias entre el centro-Sur rico y el Norte-Nordeste pobre o miserable, o incluso al interior de las grandes metrópolis de la región Sudeste”⁴⁸.

Las relaciones entre el Nordeste y el Sureste brasileños han sido paradigmáticas, contradictorias e, incluso, complementarias.⁴⁹ Al mismo tiempo, la recomposición regional y el desarrollo actual de las ciudades—desde la consolidación de bloques económicos hasta el desarrollo cultural particular en los espacios locales— permiten entender la diversidad que Brasil posee en su interior y que a su vez genera un reordenamiento de las relaciones sociales y de las producciones culturales. Así, la diferencia entre las ciudades que son el caso de este estudio es cada vez más contrastante. Recife es una ciudad que ha sido marginal a lo largo de su historia, en los últimos tiempos ha alcanzado un cierto desarrollo capitalista que sin embargo no ha modificado sus zonas y actividades rurales, sus bajos niveles socioeconómicos y la gran concentración de riqueza por parte de los oligarcas. Al igual que ésta, São Paulo, a su vez, como una macrorregión latinoamericana, cuenta con grandes concentraciones de población marginal, poderosos centros del capital financiero internacional y un desarrollo cultural importante.

⁴⁷ Milton Santos, *Por uma outra globalização: do pensamento único à consciência universal*, 6ª ed., Río de Janeiro, Record, 2001.

⁴⁸ Sader y García, *Brasil 2011-2014: dos projectos en conflicto* [n. 20], p. 27.

⁴⁹ Por ello justifico el análisis de las dos ciudades propuestas como representativas de estas regiones: São Paulo y Recife (aunque no son las únicas).

[Datos para 1996 indican que] Brasil es un país de enorme diversidad cultural y social, que tiene diferencias fundamentales en sus distintas regiones, por ejemplo, en los estados del sur y sureste que tienen una fuerza laboral de 65% tiene 77% de la renta [ingreso] sobre cinco salarios mínimos. Mientras los estados del noreste que tienen 27% de la población económicamente activa, sólo adquieren 12% de los ingresos.⁵⁰

A pesar de sus desigualdades y contrastes, Brasil no se encuentra alejado de las propuestas de las izquierdas provenientes de las luchas por la construcción democrática en la posdictadura. Sin embargo, dichas propuestas no fueron inmunes a la crisis ideológica originada por el “derrumbe del socialismo real” que produjo una serie de ideas convenientes a la hegemonía dominante con el fin de frenar la emergencia de caminos alternativos al capitalismo.

Del plan al gobierno

EL Partido de los Trabajadores (PT) que actualmente gobierna Brasil ha tenido transformaciones desde su fundación. Nacido de la movilización social y la organización obrera, se fue transformando a lo largo de tres contiendas electorales (1989, 1994 y 1998): su intención inicial de democratizar al país para llegar al socialismo se ha sustituido por la idea de ganar las elecciones y dejar de lado la lucha por el socialismo al considerar a la democracia como un fin.⁵¹ Al iniciar el siglo XXI, muchos especialistas consideraban que el PT se había encaminado a un proceso de deterioro iniciado por el abandono de las bases sociales; los dirigentes petistas ya no eran líderes sindicales, sociales o campesinos, sino simples funcionarios de partido. Por otro lado, sobre todo al momento de alcanzar la presidencia de la república en 2002 y reiterar la preferencia electoral en 2006 mediante voto popular, sugieren los analistas, el PT ya no era un partido de los trabajadores, era una partido de alianzas y coaliciones que había desradicalizado su discurso político⁵² para obtener el espaldarazo de la social democracia, es decir, de las élites neoliberales.

⁵⁰ Schneider, *Brazil: culture and politics in a new industrial powerhouse* [n. 46], p. 174. La traducción es nuestra.

⁵¹ Tania Carranza Gaytán, *Entre el decir y el hacer: el discurso del PT*, México, UNAM, 2007.

⁵² *Ibid.*

A este respecto resultan interesantes las ideas de Emir Sader, quien considera que el proceso histórico de inclusión de las masas populares en Brasil inició con los gobiernos de Vargas⁵³ y, tras una interrupción de varias décadas ocasionada por el establecimiento del régimen militar,⁵⁴ se retomó nuevamente con el gobierno petista en 2003.⁵⁵ Eso significaría que la apuesta del pueblo por el gobierno de Lula da Silva, y ahora por el de Dilma Rousseff, ve reforzada la posibilidad de incorporación de grandes sectores populares y de trabajadores a la vida pública.

Evelina Dagnino considera que, más que quedarnos en el debate sobre el PT, es importante desarrollar planteamientos que lleven a la comprensión de las tensiones entre la sociedad civil y el Estado (como partes del mismo todo), así como del medio que representa la cuestión electoral. Se trata de observar las relaciones entre la sociedad civil y la sociedad política (ella misma en el espacio del poder público) y sus transformaciones. Dagnino señala que en el caso de América Latina pueden encontrarse diversas trayectorias que marcan esas relaciones y que se evidencian con “el traslado de dirigentes y activistas de la sociedad civil a posiciones de responsabilidad política”,⁵⁶ lo cual no es nuevo. Se ha dado en Chile en la década de los años setenta, en los años ochenta en Brasil y luego en México, Perú y Argentina, hasta el presente. En el caso de países que pase a estar inmersos en férreas dictaduras desarrollaron estrategias democráticas existe además una condición diferente, pues los partidos políticos, como el caso del PT en Brasil, “estuvieron proscritos y sus cuadros se refugiaron e hicieron política en los movimientos sociales, en la sociedad civil nacional e internacional, o en organizaciones vinculadas a la Iglesia católica”.⁵⁷

De esta manera se plantean diversas preguntas a responder en torno de las estrategias democratizadoras de los partidos políticos de izquierda actualmente en el poder. El estudio propone basarnos en la identificación de las nuevas relaciones que establecen los gobiernos con la sociedad, en la búsqueda de apertura de espacios

⁵³ Getúlio Vargas gobernó de 1930 a 1944 (periodo de dictadura llamado *Estado Novo* a partir de 1937) y de 1951 a 1954, al terminar su presidencia con su suicidio, que atribuyó a la hostilidad y presión de las fuerzas de derecha y de los militares.

⁵⁴ De 1964 a 1984.

⁵⁵ Sader y García, *Brasil 2011-2014: dos proyectos en conflicto* [n. 20].

⁵⁶ Evelina Dagnino, Alberto J. Olvera y Aldo Panfichi, coords., *La disputa por la construcción democrática en América Latina*, México, FCE, 2006 (Col. *Sociología*), p. 78.

⁵⁷ *Ibid.*

públicos como elemento decisivo para la participación y, por lo tanto, para las prácticas políticas que construyen conciencia y que, al mismo tiempo, forman parte de los derechos fundamentales que hacen al ciudadano, como la toma de decisiones políticas en esos espacios, es decir, en el fortalecimiento de una cultura política.

El poder real y el poder imaginable

A pesar de todos esos elementos, la realidad que se nos presenta es adversa, pues la desigualdad no sólo es económica sino también, y sobre todo, política. El acceso al poder no es igual para todos, como tampoco lo es la toma de decisiones en el espacio público. Cuando se habla de marginación social y económica, en el caso de las sociedades latinoamericanas debe considerarse además la exclusión política, pues los pobres no son considerados ciudadanos. Entonces, las clases más bajas no sólo son las más vulnerables a los efectos del capitalismo sino que no tienen ninguna garantía de que se respeten sus derechos; pero la cuestión no sólo es el respeto a los derechos básicos sino el entendimiento de que tienen “derecho a tener derechos” —en expresión de Dagnino, tomada de Hanna Arendt; es decir, los ciudadanos como tales son aquellos que reconocen, plantean y construyen caminos para el ejercicio y goce de sus derechos, ya que éstos forman parte de la justicia social y del imaginario democrático.⁵⁸

Por ello es tan importante la construcción de una hegemonía política por parte de los gobiernos llamados de izquierda. La primera acción para lograrla sería el cambio de mentalidad acerca de la afirmación de la democracia liberal como el único mecanismo de construcción de espacios públicos, y dar paso a una democracia participativa que posibilite la toma de conciencia de las personas mediante la práctica política en la construcción de futuros, como apunta Dagnino.

La historia de la humanidad puede constatar que los espacios para la toma de decisiones en la vida pública han sido cooptados por los grupos dominantes; pareciera que el desarrollo de una cultura política es, una vez más, exclusivo de las élites.⁵⁹ Basán-

⁵⁸ Evelina Dagnino, Alberto J. Olvera y Aldo Panfichi, “Introducción: para otra lectura de la disputa por la construcción democrática en América Latina”, en *id.*, coords., *La disputa por la construcción democrática en América Latina* [n. 56], p. 57.

⁵⁹ Lins Ribeiro, *Postimperialismo: cultura y política en el mundo contemporáneo* [n. 17], p. 92.

dose en Sigmund Freud,⁶⁰ Lins Ribeiro dice que el hombre busca permanecer en el tiempo, trascender, de ahí la necesidad de que el otro pierda, desaparezca, deje de pensar para sí mismo y para su comunidad, y sólo piense y actúe para complacer al poderoso.⁶¹

Las condiciones que hacen viable la cultura política, es decir, la restauración de los fragmentos sociales, se basan en lo que Pierre Bourdieu llama *capital cultural* y Marcello Baquero propone como *construcción de capital social*. Para Baquero resulta fundamental el empoderamiento de las personas críticas y políticamente consecuentes, pues de ello derivan formas de la acción colectiva, así como la búsqueda de objetivos comunes.⁶² En la actualidad el tejido de la red social se encuentra roto, sobre todo si consideramos el proceso de individualización a que ha orillado el sistema capitalista, por lo que el restablecimiento de prácticas sociales y políticas que conlleven ejercicios de colaboración y solidaridad debiera ser prioritario en la lucha por la participación colectiva y las nuevas formas democráticas fuera del planteamiento liberal tradicional. Para ello tendrían que construirse mecanismos de participación y, por ende, de conciencia, mediante el conocimiento, la reflexión de la historia reciente, la información sobre el mundo, el debate, las propuestas alternativas y el uso de habilidades del pensamiento humano.

El conocimiento, el saber, la política, la imaginación no pueden ser exclusivos de la élite ni adaptados a los intereses de los grupos en el poder, ya que “el capital cultural, es un principio de diferenciación casi tan poderoso como el capital económico. Hay toda una nueva lógica de la lucha política que no puede comprenderse si no se tiene en mente la distribución del capital cultural”.⁶³ La discusión que presentamos tiene la intención de identificar tales condiciones, justamente desde el punto de vista cultural, pues la cultura es el contexto lingüístico, simbólico y de representaciones que permite la comunicación y, por lo tanto, configura prácticas sociales como las acciones políticas y la comprensión e interpretación del mundo y su posible transformación. Las luchas colectivas

⁶⁰ Freud señala que el desarrollo de la humanidad está caracterizado por la supeditación del poderío comunitario al individual, lo cual constituye la cultura. Véase Sigmund Freud, *El malestar en la cultura*, México, Alianza, 2004, p. 41.

⁶¹ Lins Ribeiro, *Postimperialismo: cultura y política en el mundo contemporáneo* [n. 17], p. 94.

⁶² Baquero, “Capital social y cultura política en Brasil” [n. 37], p. 167.

⁶³ Bourdieu, *Capital cultural, escuela y espacio social* [n. 10], p. 78.

y la organización de la sociedad no se dan de manera automática bajo la suposición de que hay una amalgama común *a priori*, “sino que es necesario prepararla con un trabajo prolongado sobre toda el área, o sea, en toda la extensión del dominio cultural y no abstractamente, es decir, partiendo de principios generales siempre válidos, o al menos de la experiencia concreta del pasado inmediato y del presente viviente”.⁶⁴

De acuerdo con Gramsci, *Estado y sociedad* no son acepciones distintas sino dos vertientes de la organización social y política; es decir, bajo la idea de que la sociedad civil se convierte en sociedad política mediante la reflexión filosófica (el rompimiento del sentido común) y la práctica cotidiana, es posible entender al Estado y su función, pues no es más que esa sociedad política. Por ello, las instituciones no pueden ser ajenas a la sociedad, más bien son ella misma en su expresión política. Marcello Baquero señala que la vida institucional, sustantiva a los Estados nacionales, debiera ser la consecuencia del capital social puesto que las instituciones estructuran signos de convivencia social, generan valores simbólicos y representan a la democracia. No obstante, tanto los valores como su manejo político se han vuelto muy difusos en los Estados actuales y, a pesar de que no dejan de constituirse como “capital político, si las predisposiciones son negativas, el resultado puede ser la inestabilidad permanente, falta de credibilidad y en último análisis, falta de legitimidad. Éste puede ser el caso de la sociedad brasileña”.⁶⁵ Las prácticas políticas, la toma de decisiones etc., muchas veces se erosionan a causa del deterioro conceptual, lo que conlleva a premisas como que “cada elección política solamente remite a cuánto beneficio puede ser alcanzado, para cuántas personas y a qué costo”;⁶⁶ es decir que por encima de la comunidad han predominado valores individualistas que representan una herencia en el quehacer político de las sociedades contemporáneas.

Gramsci planteaba el todo orgánico en el sentido de que el Estado no puede separarse de la sociedad civil. Cuando la conciencia (la crítica del entorno) de la posible transformación de la realidad está sustentada en valores filosóficos y en la praxis, se abre un camino hacia la construcción de la hegemonía social y de la conciencia, pues

⁶⁴ Gramsci, *Cuadernos de la cárcel* [n. 8], p. 96.

⁶⁵ Baquero, “Capital social y cultura política en Brasil” [n. 37], p. 173.

⁶⁶ Chatterjee, *La nación en tiempo heterogéneo* [n. 32], p. 52.

la comprensión crítica de sí mismo se logra a través de una lucha de “hegemonías” políticas, de direcciones contrastantes, en el campo de la ética, luego en el de la política, para arribar finalmente a una elaboración superior de la propia concepción de la realidad. La conciencia de formar parte de una determinada fuerza hegemónica (esto es, la conciencia política) es la primera fase para una ulterior y progresiva autoconciencia, en la cual teoría y práctica se unen finalmente [Esta unión constituye] un devenir histórico, que tiene su fase elemental y primitiva en el sentido de “distinción”, de “separación” [pues] el desarrollo político del concepto de *hegemonía* representa un gran progreso filosófico [porque] implica y suponen una vida intelectual y una ética conforme a una concepción de la realidad que ha superado el sentido común y se ha tornado crítica, aunque sólo sea dentro de límites estrechos.⁶⁷

La intención es llegar a producir sujetos individuales y colectivos, lo que requiere del interés y de la participación masiva en el sistema político, además de generar una democracia mediante prácticas solidarias, de confianza etc., que promuevan una comunidad con normas de reciprocidad y de las relaciones.⁶⁸ El manejo del lenguaje permite la construcción de un discurso, es decir, de una práctica política generadora de ideologías. Por ello, consideramos necesario aludir a dos cuestiones: la fundación de partidos como expresión política y organizada de la sociedad establecida en cuadros y masas, así como la difusión de las ideas (que de manera oral significaría la toma de plazas públicas) como instrumento y proliferación de la práctica política;⁶⁹ en términos gramscianos, dichas cuestiones ayudan a eliminar el sentido común negativo, pues generan una cultura política determinada a partir de su identificación o apropiación por parte de la cultura de origen.⁷⁰ Cuando Lenin y los bolcheviques se planteaban “¿qué hacer?, ¿por dónde empezar?”, a la luz de la lógica revolucionaria resaltaba vincularse con el pueblo, debatir teóricamente, difundir ideas y crear condiciones para la organización política. Lenin decía que en todo momento, particularmente en aquellos de reflujo político, es necesaria la organización com-

⁶⁷ Gramsci, *Cuadernos de la cárcel* [n. 8], p. 20.

⁶⁸ Baquero, “Capital social y cultura política en Brasil” [n. 37], p. 159.

⁶⁹ El partido político, según los ideólogos y dirigentes de la Revolución Rusa, es un recurso que torna viable el movimiento colectivo pues enfrenta al Estado burgués con la acción revolucionaria de la sociedad organizada. El periódico del partido, como órgano de difusión, diálogo y debate, además, para Lenin fue de fundamental importancia para el rompimiento de la cultura inmediatista y la posibilidad de generar una conciencia.

⁷⁰ Gramsci, *Cuadernos de la cárcel* [n. 8], pp. 63-64.

bativa, específicamente la organización de un partido unificador y aglutinador, con base en el trabajo político desde los comités; pero la organización política requiere de instrumentos de difusión regular como un periódico (dadas las condiciones comunicacionales de la Rusia zarista), no sólo para la divulgación sino para el intercambio de ideas y experiencias, y la discusión colectiva de los asuntos generales, pues la palabra impresa puede ser categórica para otras tareas más difíciles pero en el caso de la revolución resultan decisivas. Por tal medio se construiría una tribuna para denunciar al gobierno y pasar de lo clandestino a lo cotidiano, pues se habrían formado dirigentes revolucionarios en cada localidad y espacio de lucha; con ello se haría posible la insurrección.⁷¹

Con la ayuda del periódico [...] se irá formando por sí misma una organización permanente [...] que habitúe a sus miembros a seguir atentamente los acontecimientos políticos, a apreciar su significado y su influencia sobre los distintos sectores de la población, a concebir los medios más adecuados para que el partido revolucionario influya en estos acontecimientos [...] Esta red de agentes (que trabajarán eficazmente si están vinculados a los comités locales del partido) será precisamente la armazón de la organización que necesitamos [para trabajar, abarcar todos los espacios, innovar, conocer los movimientos del enemigo y saber por dónde atacar etc.].⁷²

Así entonces, a través de la palabra se da la apropiación del lenguaje (del código como sustancia de la cultura), lo cual tendría una resonancia en la reconfiguración de organicidades, de conciencias y de la propia cultura política.

El meollo, pues, es que no sólo se trata de la demanda, la protesta y la rebelión por la recuperación de aquel material tangible que históricamente nos han quitado y que nos pertenece, sino de transformar la idea de lo humano,⁷³ de la creación, recreación y

⁷¹ Cf. Vladimir Ilich Lenin, *¿Qué hacer?*, Moscú, Progreso, 1961, trad. al español por el Instituto Marxismo-Leninismo, pp. 152-169.

⁷² Vladimir Ilich Lenin, “¿Por dónde empezar?”, *Iskra* (Leipzig), núm. 4 (31 de mayo de 1901), en DE: <<http://bibliotecarevolucionaria.netii.net>>. Consultada el 13-x-2013.

⁷³ Para Ernesto Guevara, el Che, la construcción de un hombre nuevo era fundamental para el desarrollo mismo de la sociedad en un nuevo sistema, el socialista. Así, el hombre nuevo o la sociedad nueva estaban fundamentados en la conciencia revolucionaria, en el trabajo libre, en el desarrollo del arte y la cultura, en nuevos enfoques educativos. Además, el Estado surgido de la transformación revolucionaria tiene la tarea vanguardista, al igual que los líderes de la revolución o, lo que es lo mismo, los cuadros del partido, de promover esa conciencia revolucionaria de mantener el diálogo y el trabajo conjunto con las masas; la responsabilidad de la vanguardia es mayor que la del pueblo, por ello

reivindicación de los derechos políticos de todos (dejar a un lado los derechos individuales), de construir comunidad bajo la lógica de los derechos colectivos.

La transformación de las realidades latinoamericanas en el siglo XXI tiene un referente en los cambios sobre lo humano a que hacía referencia el Che Guevara. Si lo humano se concibiera de una manera distinta, estaríamos frente a la posibilidad de la transformación permanente de la realidad, pues el desarrollo humano se construye cotidianamente. Para Guevara, la incorporación de nuevos elementos de conciencia incluye el reconocimiento del ser humano como motor de la sociedad; las vanguardias políticas en el partido y en las organizaciones obreras etc., caminan sólo acompañadas de las masas, es decir, la revolución se nutre de las masas y se alienta con el ejemplo. La retroalimentación propuesta entre dirigentes y pueblo tiene que ver con un nuevo entendimiento entre el Estado y la sociedad civil, así como con promover la claridad ideológica y la práctica política cotidiana, además de lograr la emancipación de los trabajadores para promover su espíritu creador y artístico: “Esto se traducirá concretamente en la reapropiación de la naturaleza a través del trabajo liberado y la expresión de su propia condición humana a través de la cultura y el arte”.⁷⁴ Es decir, cuando el hombre deje de concebirse a sí mismo como mercancía y promueva su condición humana en plena libertad.

debe actuar con el ejemplo, actualizarse, debatir y sostener sus tareas sin tener debilidades como la procuración del bien individual (para su familia) por encima del bien común, pues ése es el germen de la corrupción. Cf. Ernesto Che Guevara, *El socialismo y el hombre nuevo*, México, Siglo XXI, 1988, pp. 3-17.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 11.

RESUMEN

El neoliberalismo globalizado en el que América Latina se ve inserta le impone nuevas relaciones sociales que afectan la construcción de colectividades y su desarrollo cultural. El análisis de dos ciudades contrastantes que aquí se propone —São Paulo, cosmopolita y altamente industrializada, y Recife, históricamente marginada y con un desarrollo capitalista reciente— se enfoca en el contexto latinoamericano para construir una cultura política basada en una reflexión filosófica que vuelva a considerar a los trabajadores protagonistas de su propia historia. Pese al advenimiento de gobiernos progresistas en América del Sur, los trabajadores han quedado relegados y las decisiones políticas, al menos a simple vista, no parecen tomarlos en cuenta.

Palabras clave: neoliberalismo en América Latina, cultura política en Brasil, filosofía política, participación ciudadana.

ABSTRACT

The globalized, neoliberal Latin American political context demands from these countries the creation of new social relationships that impact communities and their cultural development. By analyzing two contrasting Brazilian cities —São Paulo, cosmopolitan and highly industrialized, and Recife, historically marginalized and with a recent capitalist development—, the author shows how a political culture based on philosophy could, once again in Latin America, embrace workers as the main characters of their own destiny. Despite the expansion of progressive governments in South America, workers have remained in oblivion since political decisions do not seem to include them.

Key words: Neoliberalism in Latin America, political culture in Brazil, political philosophy, citizen participation.